

# **LAS PIEDRAS DE CHIHAYA**

千早の石

**EL DRAGÓN Y EL CRISANTEMO**

**Sergio Vega Esteban**

世留比男

Publicación enmarcada en el 400 aniversario de amistad entre el mundo hispánico y Japón

**QUATERNI**

二十八

### **Las piedras de Chihaya 3. El dragón y el crisantemo**

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Primera edición: septiembre 2014

Copyright © 2014 Sergio Vega Esteban

Copyright © 2014 Quaterni

ISBN: 978-84-941802-4-8

EAN: 9788494180248

IBIC: FJH

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: [info@quaterni.es](mailto:info@quaterni.es)

Internet: [www.quaterni.es](http://www.quaterni.es)

Editor: José Luis Ramírez C.

Diseño de colección: Quaterni

Diseño de cubierta: Manuel Dombidau | [www.dombidau.com](http://www.dombidau.com)

Imagen de cubierta: “The last stand of the Kusunoki” por el artista Utagawa Kuniyoshi (1851)

Ilustraciones: Juan Francisco Quintana Peño y Elena Díaz Laza

Kanjis: Adachi Norie y Li Chi Pang

Maquetación y pre-impresión: Grupo RC

Impresión: Estugraf Impresores, S.L.

Depósito Legal: M-24566-2014

Impreso en España

20 19 18 17 16 15 14 (09)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

## PRÓLOGO POR FRANCISCO NARLA

Acero y sangre, agua y piedra, honor... Memorias de un pasado forjado a fuego que cambian un presente henchido de progreso. Orgullo y disciplina...

Es imposible hablar del Japón sin verse atrapado por ese majestuoso halo, por esa mística que nace en el tajo de un sable manejado por un samurái de mirada severa. Sin embargo, el *país del sol naciente* es mucho más. Y yo he de reconocer que necesité mucho tiempo para comprenderlo, quizá demasiado...

Hace ya más de diez años, tras una serie de amargos fracasos, rendido a mi evidente incompetencia, entré desconsolado en una reconocida escuela de bonsáis. Un maestro escuchó mi confesión con un atisbo de sorna prendido en la comisura de los labios y, después de mirar hacia un arce que anunciaba otoño con miles de diminutas hojas encarnadas, me habló en apenas un susurro:

—Puede estudiar aquí si lo desea, pero sepa que necesitará usted tres años para aprender a regar...

Y, cuando el tiempo me ayudó a reconciliarme con mi ignorancia, comprendí que aquella declaración resumía muy bien ese intangible del Japón, ese algo inaprensible que está más allá de los immaculados jardines, de la tradición, del respeto a los mayores, de la veneración al artesano.

Luego, arrollándolo todo, apareció el éxito, inesperado y celoso. Y mis cuentos llenaron las librerías y mi vida cambió, mis sueños infantiles se hicieron realidad y me convertí en escritor para alguien más que para mí mismo. Y sucedió lo inevitable.

Como no podía ser de otro modo, prendido de aquel misterio bajo los aceros de los sables, uno de aquellos relatos míos me llevó hasta el Japón feudal, hasta esa cultura que tanto me había atraído. Con mucha paciencia e infinito trabajo, logré hilar la historia de un samurái que, como los árboles de los acantilados barridos por el viento, esos que tantas veces habían inspirado mis bonsáis, vive azotado por el destino. Y para cubrir de tinta aquellas páginas tuve que sufrir; descubrí que podía volar al Japón de siglo XXI pero no a aquel del período feudal, podía leer mil veces los *Cinco Anillos* pero no lograba caminar junto a Mushashi, podía pasar horas en una biblioteca o hablando con un sesudo catedrático: sin embargo, cada respuesta generaba mil preguntas más. Y entonces recordé a mi maestro:

—...necesitará usted tres años para aprender a regar...

Cuánta razón tenía... Por eso mismo, cuando Sergio Vega se acercó hasta mí y me presentó *Las piedras de Chihaya* no pude sino admirarme de que un compañero del papel y la tinta se hubiera enfrentado a tamaño desafío. Yo había salido escaldado y dolorido, a mí me había costado, literalmente: sangre, sudor y lágrimas. Por eso mismo viajé entre estas mismas páginas que usted tiene en sus manos y descubrí, complacido, que Sergio Vega también había intentado comprender por qué a un japonés le parece razonable esperar tres años para aprender cómo regar un bonsái.

Así que, apreciado lector, déjese llevar por este cuento hasta el misterioso Japón de *Las piedras de Chihaya*, a los feudos del acero y el honor, a los templos que llevan mil años guardando las almas de los hombres, a los arrozales, a los pasos cerrados en invierno... Y, si quiere, déjese llevar también por la corriente que fluye bajo la historia. Puede que, al contrario que yo, tarde mucho menos de tres años en aprender. Sergio Vega ya ha hecho por usted buena parte del trabajo, y lo ha hecho notablemente bien.

Francisco Narla.  
Escritor, autor de *Ronin*

***EL DRAGÓN Y EL  
CRISANTEMO***

竜と菊



## MONASTERIO DEL MONTE TIMUL, MIMASAKA

Algo en el aire que respiraban oprimía el pecho de Tadakuni mientras se acercaban a la entrada del monasterio.

Ya desde que abandonaron el camino principal para tomar el estrecho sendero, que conducía hacia la cima, le pareció extraño el enorme silencio que los rodeaba. Al principio le quitó un peso de encima, pues dos fugitivos rebeldes dirigiéndose al este no podían desear otra cosa que cabalgar solos, pero poco a poco le fue inquietando.

—Hay partes del muro que necesitan repararse —dijo Taro al llegar al claro—. Es extraño que los monjes lo hayan abandonado de esa forma.

—Opino lo mismo. Algo anormal ocurre.

—¿Las tropas de Kamakura?

—Puede ser —respondió el joven tratando de no continuar el torrente de pensamientos que acompañaban a semejante idea.

—Si encontramos samuráis allí, ¿qué les diremos?

—Que venimos a ver a mi madre. Solo obviaremos nuestra participación en la reciente campaña.

—Les resultará extraño que viajemos en estas condiciones, desaliñados y sin escolta...

—Son tiempos difíciles. Bastará con asegurar que unos rebeldes huidos nos atacaron.

Su amigo no pareció muy convencido.

—Podrías dejar que me adelante.

—No. Me enfrentaré a lo que sea, pero tú no tienes por qué hacerlo. Ya no soy tu señor.

—Ya sabéis que no os abandonaré —respondió con la misma solemnidad.

Tadakuni inclinó su cabeza agradecido y continuó dirigiéndose por el estrecho pasillo que llevaba a la puerta principal. Una vez allí desmontó para llamar pero se percató de que estaba abierta.

Miró a Taro con gravedad un instante y volvió a montar. Ambos apartaron sus capas mojadas y tomaron los arcos antes de atravesar el quicio.

Al otro lado las hojas caídas alfombraban el suelo hasta donde la mirada podía alcanzar y los escalones que ascendían permanecían ocultos bajo ellas. El corazón de los dos samuráis se ensombreció al terminar la ascensión y descubrir los árboles ennegrecidos por el fuego, las estatuas derribadas, los muros derrumbados y los huertos abandonados.

Cuando llegaron al antiguo templo de oración solo encontraron unas ruinas calcinadas. No parecía quedar nada en pie. Todos los edificios habían desaparecido o habían quedado reducidos a sus cimientos.

—Allí —señaló Taro—. Aún queda algo en pie.

En mitad de la explanada que se abría frente al antiguo templo había una especie de cobertizo o almacén de madera, con su puerta abierta. Cuando desmontaron para asomarse al interior descubrieron un solitario monje sentado en la posición del loto.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Tadakuni elevando la voz.

El monje abrió los ojos para mirarlos y fue entonces cuando Tadakuni se percató de su abandono. No se había rasurado la cabeza ni la barba en al menos una semana, y sus ropas parecían más bien un conjunto de retazos de una túnica vueltos a unir aleatoriamente.

—Hombres como tú vinieron para matar a todos.

—¿Como yo? ¿Fueron las tropas del Este o del *bakufu*?

—¿Qué importancia tiene eso? Eran samuráis. Fuisteis vosotros.

—Yo no mato así. Aniquilar hombres desarmados no es algo honorable.

—El fin de un samurái es matar. Ese es su sentido. Que sea honorable o no depende de quién empuñe la *katana*, pero la realidad es que todos matáis por igual.

—¿Te atreves a juzgarme por algo que ni siquiera he hecho?

—Te equivocas. Ni siquiera juzgo a los que vinieron aquí, de la misma forma que no juzgo al viento por soplar o a la roca por permanecer quieta. Solo trato de responder a tus preguntas.

—Mi nombre es Tadakuni. Mi madre y mi hermana estaban en este monasterio. ¿Qué ha sido de ellas?

—Todos están muertos. Solo sobreviví yo.

—¿Muertas? ¿Dónde? ¿Cómo puedes estar seguro?

—Yo mismo apilé los cuerpos para quemarlos.

Tadakuni bajó su mirada e intentó contener sus emociones.

Antes de hacer nada para recuperar su sitio en la familia, había decidido viajar hasta allí para pedir consejo a su madre. Creía necesitar su apoyo antes de empezar y deseaba volver a ver a su querida hermana una vez más. Ahora estaban muertas.

—Espera...

Tadakuni volvió a la realidad.

—¿Qué ocurre?

—Recuerdo vagamente que alguien pudo salir con vida.

—¿Quién?

—Esperad un momento... Fue en el muro. Cruzaron por un agujero hasta el otro lado.

—¿Eran varios? ¿Monjes?

—Debéis disculpadme. En aquel entonces mi voluntad estaba enturbiada por febriles visiones.

—¿Y ahora debo pensar que estáis cuerdo? No tenéis ese aspecto.

El otro sonrió abiertamente.

—¿Lo decís por mi aspecto? Bueno, aquí ya no hay espejo donde mirarse, hoja para afeitarse ni ropa que ponerse. Antes los *kami* y los espíritus me perseguían día y noche, pero, desde la matanza, las voces callaron y las visiones desaparecieron.

—¿Por qué no os habéis marchado?

—Porque yo también soy un hombre y temo perder la razón de nuevo si abandono estos muros. Creo que el horror de lo acontecido aquí los mantiene alejados.

Tadakuni miró de reojo a Taro y este lo animó con un gesto a continuar. Al fin y al cabo, loco o no, no había nadie más a quien preguntar.

—¿Recordáis ya quién logró escapar?

El monje guardó silencio un instante y finalmente levantó un dedo triunfal.

—Sí, eran unos niños. Dos pequeños novicios acompañaban a una damita de maneras nobles. Sin duda debía ser vuestra hermana, pues no había ninguna otra niña aquí.

—¿Qué fue de ella?

—Solo sé que lograron eludir a los *bushi* y dirigirse hacia el camino.

—¿Y mi madre?

—Supongo que era la dama que yacía en la sala principal de la residencia destinada a los visitantes laicos. Pese a que le prendieron fuego, debieron apresurarse mucho, pues no esperaron a ver completada su obra y la mitad quedó indemne por algún extraño milagro. Cuando subí hasta allí era el único cuerpo que no había sido ni siquiera rozado por las llamas. Lamentablemente se había suicidado clavándose un acero en el cuello.

—Al estilo samurái...

—Así es. Recogí su cuerpo y lo bajé hasta aquí para quemarlo con los demás. Después dejé que el viento se llevara las cenizas de todos por la ladera.

—¿Por qué no separasteis los suyos? ¿No imaginabais que algún familiar pudiera venir hasta aquí? ¿Cómo podré honrarla ahora?

—Honra este monte, pues todo lo que hay en él es ahora parte de vuestra madre. Cada brizna de hierba y cada gran pino se han alimentado de sus cenizas. No podríais desear mejor urna para sus restos.

Tadakuni no dijo nada. Temió que las emociones que parecían estar a punto de aflorar nublaran su juicio y se dirigió a la puerta dando la espalda al monje.

—¿Dónde está esa residencia?

—Encontraréis un pequeño sendero al otro lado de este patio. Seguidlo y ascenderéis hasta ella.

—¿Cómo os llamáis?

—Hyakijo.

—Gracias, Hyakijo. Juro que regresaré aquí para rezar por tus hermanos.

—Mañana es mucho tiempo.

—¿Os mostráis impaciente?

—No. Solo apunto a que nadie es dueño ni siquiera de la próxima hora, por lo que un juramento como el vuestro carece de valor. Os libero de ese inútil voto.

Tadakuni sopesó sus palabras y al fin replicó.

—Lamento no poder hacerlo ahora, pero supongo que mi hermana partió de aquí hace semanas y es mi deseo encontrarla y llevarla de regreso a nuestro hogar. Concededme al menos el consuelo de albergar el deseo de regresar algún día.

—Tal vez viva para verlo. ¿Quién sabe?

Cuando Tadakuni salió, buscó el sendero y pidió a Taro que esperara en la explanada. Al llegar arriba descubrió la casa derruida, desplomada sobre los grandes pilares de madera ennegrecidos, y la milagrosa salvación de una de sus alas, que pareciera haber desafiado y vencido al fuego. Subió de un salto a la galería exterior que aún quedaba en pie y observó los *shoji* rasgados o derribados. Aunque ya no hubiera nada que le impidiera acceder a la sala, buscó uno de los que aún continuaban en su lugar y lo corrió con respeto antes de poner un pie en el interior. Era un espacio abierto a la espectacular vista del valle, sin lugar a dudas dedicada como sala principal, y en la que Aiko y Pequeña Hermana habrían pasado la mayor parte de su estancia allí, seguramente dedicadas a la música o a protagonizar largas charlas sobre la moral.

En un extremo, sus ojos se fijaron en dos *so no koto* colocados sobre sus soportes y se acercó hasta allí. Reconoció al instante el de su madre y se arrodilló para posar las manos sobre las cuerdas y la suave madera. Estaba seguro de que el mismo día de su muerte habría interpretado alguna pieza, quizá una sentida exaltación de la naturaleza o una vieja tonada de los tiempos pasados. Se imaginó sus dedos recorriéndolo para dibujar las notas que luego partirían libres para no regresar jamás.

¿Habría partido al otro mundo recordando su última entrevista? ¿Habría sabido adivinar que estaba arrepentido? Cuánto había lamentado sus palabras y cuánto había anhelado poder desdecirse algún día. Ahora ya no sería posible.

Permaneció allí unos instantes, dejando libre al corazón para acelerar su pulso y finalmente una única lágrima brotó para bajar por su mejilla.

Después se incorporó y desenvainó la *katana* frente al hermoso instrumento.

—Nadie más lo volverá a tocar —dijo en voz alta antes de dividirlo en dos piezas de un solo tajo. El tañido de las cuerdas al romperse y la madera al quebrarse formaron una última nota disonante.

Cuando Tadakuni regresó a la explanada Taro se acercó hasta él con los caballos. El joven montó sin decir nada y comenzó a deshacer el camino seguido por su amigo. Una vez fuera Taro rompió el silencio.

—¿Qué haremos ahora?

—No regresaré sin mi hermana. La buscaremos por el camino.

Era algo peligroso, pues se verían obligados a preguntar a los aldeanos y llamar mucho la atención, pero ninguno experimentó la menor inquietud al respecto.

Consiguieron averiguar que el monasterio había sido asaltado poco antes del asedio a Akasaka pero nadie sabía decir por quién. No parecía que hubiera sido ninguno de los ejércitos Hōjō, pero tampoco un grupo de bandoleros se hubiera atrevido a tanto.

Un viejo desdentado que apenas podía moverse les participó que había visto pasar a una decena de samuráis a caballo mientras las primeras columnas de humo se levantaban hacia el cielo.

—Uno de ellos era tuerto.

—¿Tuerto? —se asombró Tadakuni—. ¿Estáis seguro?

—¿Cómo podría no estarlo? Me extrañó mucho que un *bushi* pudiera seguir siéndolo con un solo ojo.

—No tiene por qué ser Abe —trató de calmarlo Taro.

El joven pareció no escucharle antes de continuar cabalgando.

Un grupo de campesinos recordó haber visto en el camino a dos novicios junto a una pequeña dama al día siguiente.

—Estoy seguro —se jactaba uno de ellos—. Recuerdo que los tres parecían haberse estado rebozando por el suelo. Sus ropas estaban desarregladas y llevaban la cara sucia. Hacían un extraño trío.

—¿Hacia dónde fueron?

—Por allí, hacia el oeste.

Cuando se alejaban Tadakuni se dirigió a su amigo.

—Trataba de regresar a casa.

—Algo extraño si hubieran sido hombres de tu padre.

El joven se giró furioso hacia él.

—No te atrevas a sugerir tal cosa —lo amenazó pese a haber albergado similares temores.

Durante el resto del día no encontraron a nadie que les ofreciera más información, pero decidieron continuar hacia el oeste siguiendo la única información de la que disponían. Por la noche acamparon a la intemperie, pese al intenso frío. No tenían nada que comer y se tumbaron junto a los caballos, arrebujados en sus mantos y con el cielo estrellado como techo.

—Han pasado al menos veinte días de aquello. Puede que incluso haya logrado regresar —opinó Taro.

—Todo es posible. Solo sé que no pararé hasta encontrarla.

Al siguiente día, se encontraron con varias patrullas de los altivos *bushi* Hōjō, pero lograron eludirlas. En cuanto escuchaban el ruido de sus cascos giraban grupas para hacer ver que iban en sentido contrario y les saludaban con camaradería simulando pertenecer a parte del contingente que las provincias del Este habían enviado a Akasaka. Como quiera que en realidad habían estado allí, podían responder a las preguntas de los oficiales sin miedo a equivocarse.

—Nuestra suerte no durará eternamente —se inquietó Taro.

—¿Qué sugieres?

—Tal vez un disfraz. El problema son los caballos. No se me ocurre una forma de ocultarlos mientras avanzamos.

—Además, sin ellos lo haríamos muy despacio.

—Puede que un carro fuera adecuado, pero no tenemos nada con lo que comprarlo.

—Deberemos seguir confiando en la suerte, amigo. El invierno se nos echa encima. Pronto no habrá tantas patrullas por los caminos.

—Sí, pero tampoco viajeros y llamaremos aún más la atención.

—Confiemos en que hallemos pronto el rastro de Minako.

Siguieron preguntando allá donde iban, pero nadie parecía haberlos visto.

—Es extraño —sentenció Tadakuni al final de la mañana—. Se supone que iban a pie. Alguno de estos hombres debería de haberlos visto.

—A no ser que montaran en algún carro.

—¿Quién podría haberlos recogido?

Otra posibilidad también estaba muy presente, pero ninguno de ellos quería expresarla en voz alta por miedo a que fuera de mal agüero. Los asaltantes del monasterio podían haberlos encontrado.

Pero, por suerte, una vieja que caminaba grotescamente encorvada aseguró haber visto a dos pequeños novicios desarrapados recorrer el camino.

—¿Cuándo fue eso? —la interrogó Tadakuni.

—El mes pasado. Iban hacia el este.

—¿No había una niña con ellos? ¿Una dama bien vestida?

—Caminaban solos hasta que unos samuráis los cogieron.

Tadakuni se inquietó.

—¿Qué les hicieron? ¿Se los llevaron?

—Oh, sí. Eran hombres que marchaban a la guerra, todo ufanos desde lo alto de sus caballos de guerra, jóvenes y fuertes. Dicen que muchos murieron en ella. No está bien que se obligue a niños a ir a la guerra.

—¿Iba algún tuerto con ellos?

—Oh, no. Recordaría algo así. Eran samuráis de alguna provincia alejada. No paraban de preguntar sobre el camino hacia Kyoto.

Cuando se alejaron lo suficiente, Tadakuni se dirigió a Taro para hacerle partícipe de sus pensamientos.

—Estoy convencido de que eran los mismos novicios que acompañaban a mi hermana y no creo que esos samuráis fueran los mismos que asolaron el monasterio. No tendría sentido que dejaran con vida a los niños. Está claro que se separaron de mi hermana, pero no parece haber rastro de ella.

—Tal vez deberíamos regresar. Ya sabemos que a esta altura ya no estaba con ellos. Tuvo que suceder algo en algún lugar por el que ya hemos pasado.

—Sabemos que los novicios fueron a Kasagi, reclutados como *ashigaru*. Si pudiéramos hallarlos nos dirían qué ocurrió con Minako.

—Pero allí había miles de hombres y la mayoría de ellos habrán regresado a sus provincias. Sería casi imposible encontrarlos, suponiendo que aún estén vivos.

Tadakuni sabía que estaba en lo cierto y trató de pensar con claridad sobre el siguiente paso que debían tomar.

—Nadie parece haberlos visto antes de este lugar. Puede que los niños eludieran el camino sabiéndose perseguidos, ocultándose a los lados o viajando de noche. Pero Minako no llegó hasta aquí. Supongamos que fuera rescatada. ¿Quién podría haberlo hecho? Y sobre todo, ¿por qué no acoger también a los novicios?

—Tal vez Abe formara parte de un grupo de hombres que hubiera enviado vuestro padre para proteger a Aiko y Minako. El motivo de que los asaltantes fueran al monasterio puede estar relacionado con algo sucedido en vuestro hogar. Quizá pretendían tomar a las damas como rehenes para forzar a vuestro padre.

—Sí. Eso tendría sentido. Puede que Abe viniera a rescatarlas y llegara tarde, para después encontrar a Minako en el camino.

Además, si Minako había sido capturada también lo sabrían en la mansión Brillo del Cielo.

—Volvamos a casa lo antes posible —decidió Tadakuni.